

FÉLIX J. PALMA

LAS CORRIENTES
OCEÁNICAS



Tras la muerte de su hijo en un accidente de tráfico y el posterior abandono de su mujer, Alberto Ballesta no encuentra otra salida que el suicidio. Pero una vez que decide quitarse la vida, se pregunta si no le quedará algo por hacer en el mundo.

Es entonces cuando descubre en habitación de su hijo el puzle que ambos dejaron sin acabar porque una de sus piezas se había extraviado. Encontrar esa pieza se convierte en la obsesión de Alberto, pero la búsqueda se revela más difícil de lo esperado. En su periplo conocerá la historia de sir Duncan Madox, un excéntrico aristócrata apasionado de los puzles que se atrevió a desafiar en contacto con Los Incompletos, una secta satánica cuyos miembros se mutilan voluntariamente. La búsqueda de Alberto acabará convirtiéndose en un verdadero descenso a los infiernos, donde descubrirá que nada es lo que parece.

Las corrientes oceánicas, con la que Félix J. Palma obtuvo el XV Premio Luis Berenguer, es toda una exhibición de imaginación y maestría narrativa, que consolida como novelista a un autor ya reconocido por sus libros de relatos.

Índice de contenido

- Introducción
- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Capítulo IX
- Capítulo X
- Capítulo XI
- Epílogo
- Sobre el autor

*Tigre, tigre, de ardiente brillo en la jungla
de la noche, qué mano, qué ojo inmortal
pudo trazar tu aterradora simetría.*

WILLIAM BLAKE

—*¿Crees en Dios?*

—*Creo en algo más poderoso aún.*

UMBERTO ECO,
El péndulo de Foucault

Introducción

Y otras, en cambio, eres tú quien viene a mí. Eres tú quien me busca. Descalza, casi levitando sobre el frío hiriente de las baldosas, como un hada, un ángel o cualquiera de esos seres vaporosos que se muestran indiferentes a la gravedad que nos clava a los demás al suelo. Siempre lo haces cuando me crees dormido. Siempre.

Es tu secreto. Te acercas a la cama lentamente, con pasos cortos y sigilosos, y te detienes casi con reverencia ante mi cuerpo varado entre las sábanas. Puedo sentir la ternura embalsamadora con que me contemplas, dejando que la rueda del tiempo convierta los minutos en horas. Y antes de que la noche se desfleque empiezas a acariciarme sin prisas, a recorrer cada parte de mí como si lo hicieses por primera vez, dejándote conducir por las pendientes y repechos de mi cuerpo exhausto.

Buscas señales, pistas de mi estancia en el infierno. Sé que intentas leer en mi piel todo lo que aún no he querido contarte, todo lo que aún no has querido preguntar.

Por eso no abro los ojos. Por eso sigo fingiéndome dormido, envuelto en la crisálida de tus caricias. Por eso continuo ajeno a las claves de sol que dibujas en mi pecho, con las que intentas que la carne se rinda y deje supurar mi alma, como a través de un roto entre las vísceras. Entonces besas mis párpados con ternura, como si quisieras exorcizar la oscuridad en la que vivo, esta oscuridad sin fondo, vasta y fría, esta negrura habitada de demonios. Y al fin, como todas las noches, te decides a concluir este ritual secreto

de la misma forma. Tomas mi mano izquierda, mi mano incompleta, y, sin poder contener las lágrimas, vuelves a lamer el muñón que se esconde entre mis dedos. Esa ausencia que tanto dice. El precio que tuve que pagar para traer de los infiernos el alma de nuestro hijo.

CAPÍTULO I

De todos los animales que Dios espolvoreó en el mundo, fue una iguana la única que advirtió que mi hijo Sergio moriría antes que yo. Se hallaba en la esquina de un escaparate, atareada en su inmovilidad, estudiando las costumbres de nuestra tribu con sus ojos verduscos. Cada vez que pasábamos por delante de ella camino del colegio, mi hijo me tiraba de la manga, señalaba el terrario, y me suplicaba que se la comprara, aunque hacía mucho que mis insobornables negativas habían empezado a desteñir el sentido de aquel ritual. ¿Para qué quería ese animal inanimado, si podía verme a mí pasar las tardes tirado en el sofá, contemplando la realidad con el mismo desapego? Luego, cuando cumplió los siete años, dejó de pedírmelo, porque entre nosotros se extendió un foso de silencio. Y una mañana cualquiera de principios de marzo, mi hijo murió. La iguana —no sabía si la original o una sustituta, pero para el caso daba lo mismo— continuó palpitando miserablemente en el escaparate, sin mostrar ninguna sorpresa ante su ausencia, como si, de tanto sostenerle la mirada, el reptil hubiese logrado descifrarle el destino. Así, mientras a los demás se nos había pasado por alto, a aquel dragón de juguete no le resultó difícil descubrir que mi hijo había nacido con el porvenir trunco, que era uno de esos niños a los que a veces Dios se olvida de inventarles el futuro. Por el contrario, desde arriba dispusieron para él una muerte intempestiva y brusca, no exenta de vistosidad. Mi hijo pudo haber sido cualquier cosa en la vida, pero casi no tuvo tiempo de ser, porque mu-

rió a los siete años, convirtiendo en un acertijo el propósito de su existencia, escribiendo en el aire su historia incompleta.

Ajeno a su condición de criatura fugaz e inaprensible, el día de su muerte se levantó más excitado de lo normal. Se bebió el vaso de leche de un solo trago, e incluso comenzó a vestirse sin la ayuda de Salomé, como si siempre hubiese sabido cómo hacerlo. Cuando entró en la cocina, con su pequeña mochila a la espalda y sus botas de alpinista nuevas, el sol de la mañana que se filtraba por los cristales lo iluminó como el cañón de un foco, otorgándole la textura traslúcida de las apariciones. Al verme allí, me saludó con un lacónico movimiento de cabeza. Reparé entonces en que apenas podía contener una mueca de impaciencia, y comencé a apurar mi café con deliberada lentitud, contemplándole por encima de la taza. Era mi oportunidad. Sergio me observó escandalizado, pero enseguida recompuso su expresión indiferente. Probablemente habría pasado la noche en vela, demasiado nervioso para poder conciliar el sueño, y ahora, apenas media hora antes de la salida del autobús que lo llevaría a la sierra junto al resto de su clase, aún debía hacer frente a la pereza de su padre, que dilataba hasta el ridículo aquella pantomima, tratando de propiciar un estallido. Pero mi hijo permaneció silencioso e impasible, fingiendo que perder el autobús no le supondría ninguna tragedia. ¿Cómo había que proceder para desenterrar alguna emoción de su interior, algún indicio de esa alma aún por cartografiar que empezaba a cuajarle en el pecho? Acuné la taza entre mis manos, le sostuve la mirada, dejé que los minutos transcurrieran peligrosamente. Era la primera vez que empleaba un método semejante para tratar de mellar su imperturbabilidad. Y entonces ocurrió: mientras lo estudiaba en silencio me sorprendió encontrar ante mí un bosquejo de hombre. Hacía tanto tiempo que no me detenía a mirar a mi hijo sin otro propósito que contemplarlo, que ahora me asombraba descubrir que, pese a

mi desinterés, Sergio continuaba atareado en su crecimiento. Había empezado a perder las delicadas redondeces de la infancia, incluso aquel aire de duende torpe que impregnaba sus movimientos. Se estaba redibujando escarpado y liviano. Parecía hecho de suspiros trenzados, música o alguna otra materia sin peso. Dos meses antes había cumplido siete años, y las cuatro o cinco momias que vivían en nuestro edificio, que son quienes realmente entienden de estas cosas porque han visto elevarse un surtido nada desdeñable de hijos, nietos y biznietos, insistían en que era muy alto para su edad. Había heredado el cabello negro y rizado de Salomé, y sus mismos ojos verdosos e insondables — ojos de hechicera, los llamaba yo en el instituto—, dotados del poder succionador de los remolinos. Observé también que los rasgos de su cara comenzaban a reorganizarse imperceptiblemente, con el disimulo de los corrimientos tectónicos, buscando la expresión que luciría de adulto, una expresión que se adivinaba dura, resuelta, mucho más cercana a la de Salomé que a la mía.

Dado que aquel duelo absurdo no parecía que fuese a dar ningún fruto, decidí ponerle fin antes de que se nos hiciese realmente tarde. Rematé el café de un trago, cogí la chaqueta que colgaba sobre el respaldo de la silla, y le hice una seña con la cabeza. Como siempre, Salomé nos acompañó al ascensor, componiendo una suerte de cortejo fúnebre. Ante su puerta, le propinó a Sergio un sonoro beso en la mejilla que el niño aceptó con su habitual desgana. Luego, su madre y yo nos despedimos con una mueca forzada, evitando mirarnos a los ojos. Era un ritual que cada mañana realizábamos con mayor habilidad.

Mientras el ascensor descendía hacia el vestíbulo, haciendo rechinar sus engranajes con estruendo, como advirtiéndonos que no estaba lejos el día en que se desplomaría, empecé a arrepentirme de lo que iba a hacer. Tal vez nuestro matrimonio fuese insalvable y mi plan no hiciese sino confirmarlo. ¿Y si me limitaba a aceptar que ya era tar-

de para intentar nada, que hacía mucho que había expirado el plazo de las acciones salvadoras? Quizá debía dejar que nuestra relación terminara por hundirse de aquella manera tan silenciosa y civilizada. En realidad, a qué obedecía el esfuerzo que iba a realizar: ¿quería preservar nuestra historia de amor porque alguna vez había sido hermosa, o sencillamente me espantaba la idea de que Salomé acabara abandonándome el día menos pensado, obligándome a empezar de nuevo, a buscar quizás una sustituta cualquiera por temor a las inclemencias de la soledad y a mi torpeza con la lavadora? Debía reconocer que, sin la incombustible fe de la adolescencia, buscar una suplente se me antojaba ahora una empresa tan ardua como engorrosa. A mis cuarenta años, yo ya no tenía espíritu para la aventura sentimental. Acostumbrarme a otra mujer y hacer que ella se acostumbrase a mí, aprender una nueva coreografía amorosa, crear un nuevo vocabulario de pareja, me resultaba a estas alturas demasiado fatigoso. Tras pensar aquello yo, que nunca me había considerado antena de premoniciones, acaricié la cabeza de Sergio con la certeza de que nuestro hijo era lo único que nos mantenía unidos, lo único que evitaba que se deshiciera el molesto enredo en que se había convertido nuestro matrimonio.

Fuera nos aguardaba una mañana fría aunque soleada, techada con un cielo de un azul lustroso, cepillado de nubes. Pasaban unos minutos de las ocho, y marzo insistía en mortificarnos con el mismo frío punzante de los últimos meses. Mientras caminábamos hacia el coche, Sergio se subió la bufanda hasta la altura de los ojos, con el gesto torvo de quien se dispone a atracar una sucursal bancaria. Una vez dentro del vehículo, conecté la calefacción y conduje hasta el colegio pensando en lo iluso de mi plan, pero decidido a llevarlo a cabo con el espíritu autodestructivo de las polillas, más atraído por el desesperado romanticismo implícito en el gesto que por sus posibles resultados. De todas formas, aunque finalmente mi estratagema se revelara como

un intento patético e intempestivo, al menos sería una manera de sacudir nuestra atrofia sentimental, de forzarnos a avanzar en alguna dirección, cualquiera que fuese.

Como cada mañana, Sergio y yo emprendimos el trayecto en silencio. Hacía tiempo que mi hijo sólo se limitaba a hacerme partícipe de sus necesidades más básicas. En cuanto arranqué, sacó de la mochila su maquinita y comenzó a pulsar sus botones moviendo los pulgares frenéticamente. El aire se llenó entonces de una algarabía de ruiditos electrónicos que pretendían reproducir el estruendo de alguna batalla encarnizada. Cada vez que lo veía enfrascado en su cacharro, solía pensar que, merced a alguna extraña comunión, era Sergio quien acusaba el agotamiento del musculoso guerrero que se debatía en la pantalla del chisme, importunado por un escuadrón de monstruos feroces. No se me ocurría otro motivo por el cual mi hijo se mostrase siempre apático, como extenuado. Pero una duda me mortificaba: ¿era su carácter introvertido una invención suya, o se trataba de alguna desgraciada consecuencia del ambiente que se respiraba en casa? ¿Habría notado Sergio el déficit de besos, la carencia de gestos de afecto que acusaba la relación de sus padres? ¿No habíamos logrado embaucarle con el simulacro de pareja que cada día representábamos para él con más voluntad que destreza? Nadie, salvo un psicólogo, podría arrojar alguna luz sobre el caso, pero su comportamiento no resultaba lo suficientemente alarmante como para entregarlo a las manos de uno. Pese a su talante retraído, Sergio era un niño normal. En las nuevas hornadas abundaban, al parecer, ejemplares así: niños de interior, lánguidos y desganados, sin raspaduras en las rodillas pero con las manos manchadas de sangre virtual. Traté de buscar un tema de conversación que espantara aquel silencio denso que gravitaba sobre nosotros, y que tanto cuestionaba mi valía como padre, pero no encontré ninguno.

En la mayoría de los casos, hablar con Sergio era un ejercicio frustrante que me hacía sentir como un pájaro tratando de construir su nido entre las ramas de un bonsái. Y después de todo, quizá fuese mejor así: ambos nos habíamos acostumbrado ya a aquella empalizada de silencio que desde hacía unos meses había empezado a interponerse entre nosotros. A estas alturas, era incluso posible que cualquier intento mío por franquearla me hiciese acreedor de una mirada recelosa. Me concentré pues en el tráfico, que discurría con la caliente lentitud de la lava, enojado tanto por mi escasez de recursos como por la indiferencia con que mi hijo había asumido nuestra falta de comunicación. Al parecer, le bastaba el trato con Salomé quien, gracias a una incombustible paciencia y a una espontaneidad congénita de las que yo carecía, había conseguido abrir entre ellos un cauce de diálogo más o menos fluido. Tal vez por eso, molesto de que Sergio sólo se animara a hablarme en situaciones extremas, yo había empezado inconscientemente a desentenderme de su educación, delegando en Salomé muchas de mis responsabilidades. Era ella, por ejemplo, quien debía acudir casi una vez por semana al colegio para entrevistarse con su tutor, un individuo gordo y desastrado amante de los métodos innovadores, tan atento a sus ovejas que necesitaba contrastar con los progenitores cada gesto de sus vástagos. En ese instante, empantanado en otro de los incontables semáforos que jalonaban el camino hacia el colegio, me dije que debía esforzarme en solucionar nuestro problema de comunicación, que quizá aún no fuese demasiado tarde para que ambos pudiéramos confraternizar, sin sospechar que para mi hijo el tiempo corría hacia atrás, que desde su nacimiento, en vez de sumar horas, Sergio las andaba restando.

Un autobús resplandeciente, como fabricado esa misma mañana, aguardaba a los estudiantes en el patio del colegio. Aparqué lo más lejos posible del tumulto de niños, padres y profesores que se congregaba junto al vehículo, y

me despedí de Sergio exhortándole a disfrutar de la excursión. Lo contemplé cruzar a la carrera el campo de deportes en dirección al autobús, y decidí entonces regalarme un cigarrillo apoyado sobre el capó del coche, no tanto por aparentar a estas alturas ser un padre modelo esperando pacientemente la partida del vehículo, como para empeñar ese intervalo de humo en ordenar mis pensamientos antes de emprender la reconquista de Salomé. ¿Y si me olvidaba de todo?, me dije una vez más esa mañana. Pero ya era absurdo echarse atrás, entre otras cosas porque para algo había convencido a Salomé de que dejase ir a Sergio a aquella maldita excursión, pese a las pésimas notas que estaba sacando este curso. No habría movido un dedo en su defensa de no ser porque la excursión tendría lugar un viernes, día en que mi mujer libraba en la agencia, lo cual volvía mucho más valiosa la ausencia de Sergio. Tuve que reunir todo mi poder de persuasión para dismantelar su política de castigo-recompensa, considerándola más apropiada para un yorkshire que para un niño, al que había que educar con métodos mucho más sutiles y civilizados, aunque ni yo mismo supiese decir cuáles. Mi única intención era aprovechar su momentánea salida de escena para pedirme también el día libre y desarmar a Salomé presentándome en casa con un ramo de flores; después, si su reacción era favorable, la invitaría a almorzar en algún restaurante íntimo y, tras el postre, le propondría un tranquilo paseo por la orilla del río, en cuya tierra tantos enamorados habían escarabado el surco vacilante de sus noviazgos. Durante la caminata podríamos charlar, averiguar qué nos pasaba, constatar si todavía nos queríamos, y volver a recoger al niño al desplomarse la tarde, rehechos o destruidos. Había estado trazando el plan durante días, escogiendo escrupulosamente cada escala de nuestro recorrido, hasta dibujar una ruta propicia tanto para la conversación apacible como para los besos improvisados, y ahora no quería que todo ese esfuerzo se malgastase.

Alguien me arrancó de mis pensamientos saludándome desde lejos. Le devolví el saludo de modo mecánico, y observé con espanto al tutor de mi hijo, y profesor de matemáticas para más señas, correr hacia mí con un trotecillo ridículo.

Fue como ver venir al borrico Platero. Aquel hombre era grande, esponjoso, y contaba con una cabeza asombrosamente redondeada, apenas cubierta por unas cuantas hilachas desordenadas de cabello rubio, que más parecía un sombrero de paja con el que hubiese jugado un perro.

—¿Es usted el padre de Sergio? —me preguntó al llegar a mi lado, arrebolado por la carrera y bufando como un buey.

Nos habían presentado en alguna remota función escolar, pero no habíamos intercambiado más que un par de frases de cortesía en el epicentro de un barullo de niños, por lo que me sorprendió que él me recordase. Asentí a su pregunta sin entusiasmo, al tiempo que arrojaba bruscamente el cigarrillo casi entero al suelo y procedía a apagarlo con el pie, dejando claro que no disponía de tiempo para entablar ninguna conversación. Lo último que deseaba era que aquel tipo me endilgara algún pronóstico sobre el comportamiento psicópata que había empezado a detectar en Sergio porque se salía del contorno al colorear los dibujos.

—Me alegro de verlo —dijo, ofreciéndome la mano. Le tendí la mía sin disimular mi fastidio, y él procedió a agitarla aplicadamente, como si se tratase de uno de aquellos grifos antiguos que se usaban para extraer el agua—. ¿Me recuerda? Soy Fermín Zarzalejos, el tutor de Sergio.

Yo gruñí mi nombre. Tras devolverme la mano, que ya había dado por perdida, se apresuró a obsequiarme con una sonrisa tan amplia que se me antojó dada de sí, como esos libros que de tanto leerlos acaban abriéndose más de lo debido. ¿Era esa mueca viscosa la que Salomé estaba obligada a enfrentar una vez a la semana? Aproveché que

no se decidía a hablar para estudiarlo con interés antropológico: tenía la complexión de un minotauro, y poseía un rostro ancho, pulposo, de una docilidad turbadora, como el que se le presupone a los pederastas.

Pero lo más llamativo era su vestimenta: unos pantalones de pana azules, una bufanda descolorida, unos mocasines ilustrados de salpicaduras de distintos colores, que delataban que aquel hombre se tomaba el café con el mismo descuido con que se masturbaba, y una gruesa rebeca verde, que llevaba mal abotonada. Me pregunté si realmente se había equivocado al emparejar los botones o se trataba de un error deliberado, encaminado a redondear una imagen de profesor despistado que no intimidase al alumnado.

—Gracias por haberlo dejado ir —dijo al fin.

Me limité a encogerme de hombros, sin mostrar sorpresa alguna ante su comentario, evidentemente destinado, no sabía con cuánta mala intención, a informarme de que estaba al corriente de que había sido yo quien había vencido las reticencias de Salomé. Con apenas cinco palabras me había dejado entrever que su relación con mi mujer gozaba de una inquietante profundidad. ¿Con aquel propósito se había acercado a saludarme, emprendiendo una arriesgada carrera de la que probablemente le quedarían secuelas? No lo sabía, pero de ser así, me resultaba triste que aquel tipo, al que Salomé había calificado como un solterón inofensivo, una criatura bondadosa necesitada de cariño, considerase la posibilidad de que yo pudiera contemplarlo como un rival. Pese al benévolo rotulado de Salomé, para mí Zarzalejos era un infeliz modelo humanista, de esos que, una vez verificada su incompetencia para enamorar a nadie debido a la fatal combinación de un físico poco ortodoxo y una nula capacidad de seducción, en vez de continuar su cruzada hasta caer en el patetismo, deciden rendirse a lo evidente y asumen su condición con la mayor dignidad, intentando disimularla construyéndose una existencia sentimentalmente autosuficiente que les permita po-